

CAPITULO II

La Bella Nivernesa.

La señorita Clara se despertaba siempre temprano, y en esta mañana se sorprendió grandemente de no ver á su madre en la alcoba y de encontrarse de ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

nos á boca con otra cabeza á su lado y sobre la misma almohada.

¡Cómo! ¿Es posible?

Después de restregarse los ojos con los puños, cogió á su compañero de cama



por los pelos, y tiró de ellos con fuerza.

El pobre *Vito* se despertó en medio de los más atroces suplicios, atormentado por unos dedos malignos que le cosquilleaban el cuello y le tiraban de las narices.

Abrió los ojos y dirigió sus miradas en torno suyo, admirándose cada vez más de que aquella pesadilla durase todavía.

Encima de ellos se oyó el crujir de muchos pasos.

Estaban desembarcando el cargamen-



to de madera en el muelle, y producían un ruido sordo y prolongado.

Á la señorita Clara la preocupó, al parecer, profundamente aquello.

De pronto, levantó uno de sus deditos al aire y señaló el techo á su amiguito, haciendo una graciosa mueca que quería decir:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso que pasa ahí?

Era que principiaba la entrega de la madera.

Dubac, el carpintero de la Villette, había llegado á las seis de la mañana



con su caballo y su carreta, y el padre Louveau puso manos á la obra con una actividad que no era en él muy frecuente.

El honrado marino no había cerrado los ojos en toda la noche, pensando que tendría que llevar al Comisario ese niño infeliz, con tanto frío y tanta hambre.

— Pensaba que, al despertar, se reproduciría la escena de la noche anterior; pero la madre Louveau debía de tener otras ideas en la cabeza, pues no le habló ni palabra de Víctor.



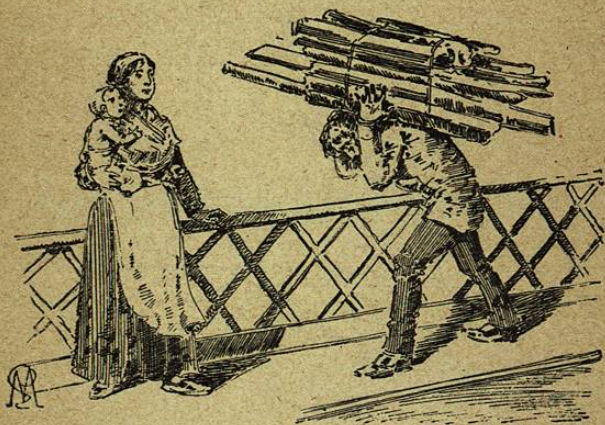
Francisco creía ganar mucho retardando la hora de las explicaciones.

Abrigaba la esperanza de hacerse olvidar escapando á las miradas de su mujer y trabajando como un negro, temeroso de que la madre Louveau, viéndole cruzado de brazos, le gritara:

—Oye, tú; puesto que no haces nada, te

puedes llevar al chico adonde te lo entregaron.

Así es que trabajaba desesperadamente.



El montón de maderas disminuía á ojos vistos.

Dubac había ya hecho tres viajes; y la madre Louveau, de pie sobre el puente, con el niño de pecho en los brazos, apenas si tenía tiempo bastante para contar al paso la entrega del material.

En su buen deseo, Francisco escogía maderos largos como mástiles y macizos como muros.

Cuando la viga era excesivamente pe-



sada, llamaba á Tripulación para que le ayudase á cargar.

Tripulación era un marinero que tenía una pierna de palo, y el cual componía, él solo, todo el personal de *La Bella Nivernesa*.

Le habían recogido por caridad y le conservaban por costumbre.

El inválido, apuntalándose sobre su quilla, levantaba la viga con grandes es-



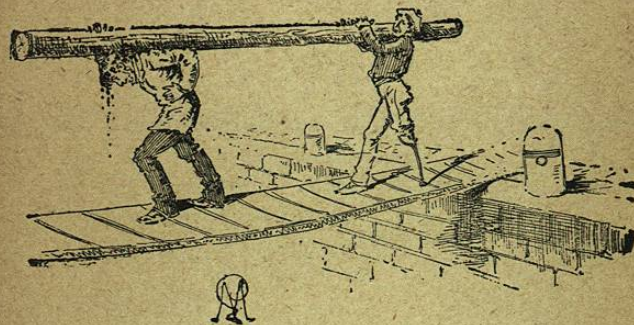
fuerzos, y Louveau, plegándose bajo el peso y con la cintura doblada por los riñones, atravesaba lentamente el puente de tablas.

¿Hay medio de distraer á un hombre tan ocupado?

Pero la madre Louveau no pensaba en tal cosa.

Iba y venía sobre el puente, absorta en Milín, que mamaba.

¡Siempre hambriento este Milín!
Como su padre.



¡Hambriento Louveau!...

Lo que es hoy, seguramente que no.

Desde por la mañana que está trabajando, todavía no se ha dado el caso de echar un trago; no ha tenido tiempo siquiera de respirar, de secarse el sudor de la frente ni de trincar una copa en el ángulo del mostrador de una taberna.

Más aún; hace un instante, cuando Dubac le propuso ir á beber una copa, Francisco contestó heroicamente:

—Más tarde; tenemos tiempo de sobra.

¡Rehusar una copa!

Su mujer no acababa de creerlo.

¡Si le habrían cambiado á su Louveau!



También deben haberla cambiado su Clara, pues he aquí que han dado ya las once, y la pequeña, que nunca quiere estar en la cama, no da cuenta de su persona todavía.

La madre Louveau bajó cuatro á cuatro las escaleras y se dirigió al camarote para ver qué es lo que pasaba.

Francisco se quedó sobre el puente

con los brazos caídos, sofocado y jadeante, como si acabara de recibir el golpe de una viga en la mitad del estómago.

¡Esta vez sí que no marra!

¡Se armó la gorda!

Su mujer se ha acordado de Víctor, le va á subir con ella y no habrá otro remedio que ponerse en marcha hacia la oficina del Comisario...

Pero no.

La madre Louveau reapareció completamente sola, riendo, llamándole y haciéndole señas.

—Ven y verás: ¡es muy gracioso!

El buen hombre no comprendió nada de esta alegría súbita, y la siguió como un autómata, con las piernas rígidas de emoción.

Los dos pequeñuelos estaban sentados sobre el borde de la cama, en camisa y con los pies desnudos.

Se habían apoderado de un tazón de sopas, que la madre, al levantarse, dejó, como de costumbre, al alcance de los bracitos de la pequeña.

No había más que una cuchara para aquellas dos bocas; se atragaban sin dar

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF REYES"
40. 1625 MONTERREY, MEXICO

se punto de reposo, como dos pájaros en el nido; y Clara, haciendo mil monerías para comer la sopa, alargaba su pico hacia la cuchara, riéndose alegremente.

Tenían pedacitos de pan pegados en los ojos y en las orejas; pero no habían



roto nada, nada habían dejado caer, y los dos *bebés* se divertían con tantas ganas que, viéndoles, no había medio de estar enfadado.

La madre Louveau no cesaba de reír.

—Puesto que los dos se entienden á las mil maravillas, no tenemos necesidad de ocuparnos de ellos.

Francisco se volvió en seguida á su

faena, encantado del giro que tomaban las cosas.

De ordinario, cuando entregaba su cargamento de madera, descansaba durante el día, recorriendo todos los figones de los marineros, desde el Point-Dujour al malecón de Bercy.

Así es que la descarga se prolongaba mucho más de una semana, y la desesperación de la madre Louveau no acababa nunca.

Pero esta vez nada de vino blanco, nada de pereza, sino un delirio de hacerlo todo bien y pronto, un trabajo febril y sostenido siempre.

Por su parte el pituso, como si hubiera comprendido que era necesario ganar su causa, hacía todo lo imaginable para agradar á Clara.

Por vez primera en su vida, la chiquitina pasó todo el día sin llorar, sin tropezar ni caerse, sin agujerear sus medias.

Su camarada la divierte, la distrae.

El muñeco estaba siempre dispuesto á hacer el sacrificio de sus cabellos para detener las lágrimas de Clara en el borde mismo de sus finas pestañas.

Ella, por su parte, tiraba á manos llenas de aquella peluca enmarañada, importunando á su excelente amiguito como un gozquecillo que mordiera á un perro de aguas.

La madre Louveau observaba todo esto desde lejos.

Pensaba que el pobre muchacho se encontraba también muy á gusto y á sus anchas al lado de la niña.

¿Por qué no retenerle allí, con ellos, hasta haber terminado sus negocios?

Siempre habría tiempo para devolverle después, poco antes de partir.

Por eso aquella noche no hizo la más ligera alusión sobre devolver á Víctor; le hartó de patatas y le acostó como el día antes.

Hubiérase dicho que el protegido de Francisco formaba parte de la familia; y al ver á Clara estrecharle con sus bracitos al cuello, al propio tiempo que se disponía á dormir, fácilmente se habría adivinado que la pequeñina le tomaba también bajo su protección y amparo.

El descargamento de *La Bella Nivernesa* duró tres días.

Tres días de trabajo forzado, sin una distracción, sin hacer otra cosa.

Hacia la hora del mediodía de la tercera jornada, la última carreta estuvo cargada y el barco vacío.



No se podía tomar el remolcador hasta el día siguiente, y Francisco pasó todo ese tiempo escondido en el entrepuente, repasando el bordaje, perseguido por estas palabras que desde hacía tres días le zumbaban constantemente en los oídos:

—Llévale á casa del Comisario.

¡Ah! ¡Dichoso Comisario!

No era menos temido en el camarote de *La Bella Nivernesa* que en la casa de Guignol.

Había llegado á ser una especie de *bú*, del cualla madre Louveau abusaba para hacer callar á Clara.

Todas las veces que pronunciaba este nombre tremendo, el inconsciente rapazuelo fijaba en ella sus ojos inquietos de niño que ha sufrido mucho y demasiado pronto.

Comprendía vagamente todo lo que esa palabra encerraba para él de peligros próximos.

¡El Comisario!

Esto quería decir:

“No más Clara, no más caricias, no más fuego, no más patatas.”

Era volver á la vida amarga y negra, á los días sin pan, á los sueños sin cama y al despertar sin besos.

Por eso se agarró á las faldas de la madre Louveau, la víspera de partir el barco, cuando Francisco preguntó con voz temblorosa:

—¡Ea! ¿Qué hacemos? ¿Le llevamos? ¿sí ó no?

La madre Louveau no respondió.

Dijérase que andaba buscando un pretexto para quedarse con Víctor.

En cuanto á Clara, se echó á rodar por el entarimado, sofocada por las lágrimas y decidida á tener convulsiones si la separaban de su amiguito.

“La mujer de seso,” abrió los labios y dijo entonces gravemente:

—“Francisco, tú has hecho una bestialidad... como siempre.

„Ahora es preciso pagarla.

„Este niño nos tiene afecto; Clara está prendada de él, y ya nos causaría pena á todos verle partir.

„Voy á procurar conservarle á nuestro lado; pero exijo que cada uno ponga algo de su parte.

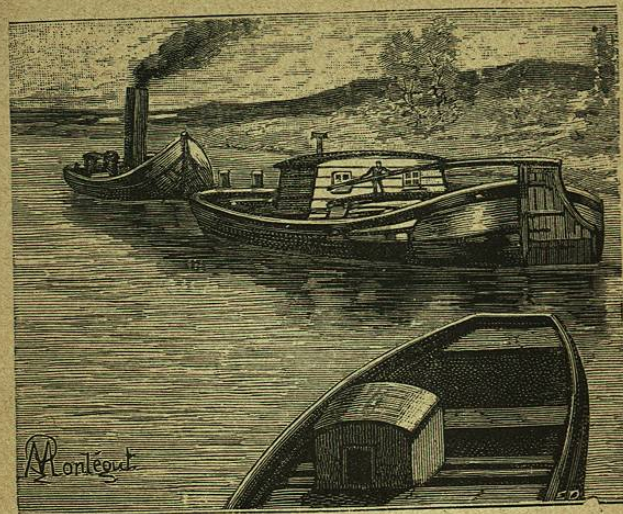
„La primera vez que Clara coja una rabieta, ó tú te emborraches, yo misma le llevaré á casa del Comisario.”

El padre Louveau se puso radiante de júbilo.

Está dicho; no beberá jamás.

En su rostro reían hasta los pendientes

de cobre que tenía en las orejas; cantaba sobre el puente arrollando su cable, y mientras tanto, el remolcador arrastraba á *La Bella Nivernesa* con toda una flotilla de barcos.



CAPÍTULO III

En marcha.

Victor está en marcha.
En marcha por los alrededores de París, mirando en el agua sus casitas y sus huertos.